

El virgen Marino

Yves Petry

An extract

Original title De maagd Marino
Publisher De Bezige Bij, 2010

Translation Dutch into Spanish
Translator Ruben Chapp

© Yves Petry/Ruben Chapp/De Bezige Bij/Flanders Literature – this text cannot be copied nor made public by means of (digital) print, copy, internet or in any other way without prior consent from the rights holders.

1

La puerta se abre, y Marino no se sorprende de que el hombre que sale a escena no lleve puesto más que un calzoncillo. Así lo han acordado. Más sorprendente es la expresión del rostro del hombre. Los ojos entrecerrados revelan un cierto estado de narcosis. Sus pasos son algo inseguros, pero las rígidas mandíbulas denotan una intensa determinación. El mentón, ligeramente alzado; los labios en trompeta, amenazantes. El hombre asemeja una cruz entre un zombi y un mártir, un sonámbulo rutilante de ansias de pelea. Muy probablemente sea esto efecto de las drogas que ha tomado.

Las cortinas del salón han sido escrupulosamente corridas. No se percibe ya el mínimo indicio del mundo exterior. En un rincón de la sala, una lámpara de pie derrama, bajo una pantalla de algodón basto y pálido, una luz no muy brillante. El espacio podría ser hasta acogedor, si no fuera porque está vacío, quitando una mesa de comedor con dos sillas, y un sofá.

En una de las sillas está sentado Marino. Lo que temía ya antes de comenzar se le presenta, de pronto, como un hecho ineluctable: el momento no ha sido bien elegido. No porque sea demasiado pronto, no porque ya sea demasiado tarde, no porque otro momento hubiera sido más propicio, sino porque es un mero error haber escogido un momento.

Ahora ya no hay vuelta atrás. Se pone de pie y sigue al hombre que, en silencio, se planta con la espalda contra una pared. A derecha e izquierda de este, a distancia de un largo de brazo, cuelgan las dos argollas de metal instaladas allí unos días atrás. Con los dos trozos de cuerda ya dispuestos sobre la mesa ata Marino las muñecas del hombre a las argollas.

Lo que resta a Marino por hacer, también lo han arreglado de antemano.

El rostro del hombre denota una mueca más bien de distracción; algo así como un rictus de burla rodea, incluso, sus labios; como si la timidez de Marino lo divirtiera. Marino saca del bolsillo una tira de tela que ha cortado de un vestido y venda con ella los ojos del hombre, quien se somete a la operación sin resistencia alguna.

Marino recorre con una mano el pecho del hombre. La otra, refriega, vacilante, los muslos y los genitales. Él conoce este cuerpo. Lo ha experimentado, con frecuencia. Entonces hacían el amor. Esta vez irán aún más lejos que el contacto carnal.

La intención no es que Marino se comporte como el amante de este cuerpo, sino como su verdugo. O, incluso, como algo aún menos humano, más impersonal: como una enfermedad mortal, un accidente puramente físico. Pero, ¿en qué medida es plausible que una enfermedad mortal ataque exactamente según lo estipulado?

Marino tira del calzoncillo, lo baja y lo deja caer hasta la altura de los tobillos. Retrocede unos pasos; entonces ocurre algo inesperado: más que los brazos extendidos o las muñecas amarradas a las argollas, es este calzoncillo que rodea los tobillos la representación de la entrega absoluta.

Del contorno de los labios del hombre se adivina aún el vago rictus de una misteriosa sonrisa. Quizá se deba esto al éxtasis al que lo conducen las drogas. O tal vez sea, en parte, una expresión de miedo. Pero Marino no debe, en principio, intentar conocer los pensamientos del hombre. Aquel debe concentrarse, ante nada, en su propio papel.

Marino se adelanta nuevamente. El cuerpo del hombre, cuarenta y dos años, se encuentra en excelente estado. Si Marino no hubiera existido, la muerte, de seguro, hubiera tardado aún muchos años en dar alcance a este cuerpo. Apenas el tamborileo del pecho es más rápido y agitado de lo normal, lo que provoca que los latidos de Marino comiencen también a acelerarse.

« ¿Es eso todo?» suena, de improviso, en un desconcertante tono despabilado que Marino jamás hubiera esperado oír de boca de este sonámbulo.

«Vamos, Marino. Haz algo», dice el hombre. Parecería que quiere reír. Sus desafiantes palabras resuenan en el recinto casi vacío y contravienen rotundamente las reglas establecidas. Parte del compromiso consistía en que el hombre y Marino olvidarían sus respectivos nombres durante la representación. Un ambiente anónimo, aunque artificial, se hacía absolutamente necesario para que la función llegara a buen término.

Ahora el hombre empieza, además, a reír entre dientes, como si, a pesar de la venda en los ojos, pudiera ver el rubor de la frente, el pasmo y la indignación en el semblante de Marino.

« ¿A quién hablas?» ruge Marino, y el hombre responde abandonando su mueca, pero un tenue deje de ironía sigue frunciendo sus labios.

Marino, sin pronunciar palabra, deja al hombre tras de sí y se dirige hacia la cocina. De un estante para cuchillos saca el utensilio que esta noche deberá cumplir un papel principal. El triángulo rectángulo de la hoja llega a unos 20 centímetros de largo, y a cinco de espesor en la base. Marino, por lo que puede recordar, nunca antes lo ha usado. Abre un cajón, saca un rollo de cinta adhesiva y corta de él una tira. Ahora que se ha violado el pacto, Marino mismo está determinado a cumplirlo a rajatablas.

Cuando hubo regresado a la sala de estar, deposita el cuchillo sobre la mesa antes de encaminarse hacia el hombre, que parece sumergido en un gesto como de ausencia.

«Nada de nombres, ¿de acuerdo?» le susurra al oído, y le aprieta la cinta de gran poder adhesivo contra la boca. El hombre parece algo sorprendido, pero no suelta el mínimo sonido que pueda considerarse como signo de protesta.

Marino empuña el cuchillo. Es como si el brillo y la tersura del metal en su mano se dilataran por todo su cuerpo. Ahora, Marino es tan anónimo como ese cuchillo. El carácter de montaje de la escena ya no representa, de pronto, ningún obstáculo. El cuchillo en sí ya es suficientemente real. Marino vive la escena de manera aun más verídica de lo que se había imaginado.

Marino apoya la fría hoja de metal contra el vientre del hombre. Este, por acto reflejo, lo contrae, y se relaja nuevamente. Relajado del todo, sin embargo, no parece estar. Ahora que tanto sus ojos como su boca están cubiertos, es aún más difícil determinar su preciso estado emocional.

En la sala reina un silencio ensordecedor. La sangre zumba en los oídos de Marino, quien se pregunta si no hubiera sido mejor haber puesto una musiquilla de fondo. Mientras sigue considerando que tanto el hombre como él no son melómanos y que, por ello, no habrían tenido la más remota idea de qué tipo de música tendrían que haber puesto, sus manos ya han hecho el trabajo. El cuchillo era pesado y filoso; la carne, tierna; todo ocurrió con naturalidad. Marino apenas hubo de controlar cómo sus manos cumplían la faena, esas manos a las que ahora inunda un flujo cálido y viscoso.

Más tarde, lo anterior sería explicado, hasta por Marino mismo, como un acto de suprema automutilación efectuada por manos ajenas; sin embargo, en este momento, las cosas son así. Así es como el hombre quiere terminar su vida: castrado. Ese es el gesto de orgullo y de odio por el mundo que nadie le imitará.

Marino retrocede unos pasos y mira absorto el pequeño muñón rezumante en la entrepierna, el suelo salpicado, la red de arroyuelos sanguinolentos que corren por los muslos, el calzoncillo alrededor de los tobillos, ya completamente embebido en sangre. Un extraño aroma dulzón va inundando el recinto. Esto tampoco es una sorpresa agradable.

El hombre, hasta ahora, no ha proferido la mínima queja. Es como si, en realidad, no sintiera dolor alguno. Su pene, había afirmado, era el último trozo de carne que aún lo unía al mundo. Era tarea de Marino cortar ese cordón umbilical. Ahora, el hombre ya no vive y, al mismo tiempo, todavía no ha muerto. Parece estar completamente encerrado en sí mismo. Probablemente, la línea de su vida esté enroscándose ahora hasta convertirse en una espiral, en la fantástica simultaneidad de todas las imágenes de las que se ha compuesto esa vida. O quién sabe de qué visiones saca la fuerza para sobreponerse al dolor. El hombre continúa de pie, tan completamente inmóvil, que Marino, incluso, comienza a sentirse un poco fuera de escena. Como un relámpago, pasa por su cabeza la idea de provocarle más dolor.

Pero, en ese momento, el hombre crispero el rostro y tira de las argollas a las que está amarrado. Dobla unos centímetros las rodillas y tensa la musculatura de sus sangrados muslos como un levantador de pesas en acción. De pronto, da la impresión de que apenas pudiera tenerse en pie.

Marino deja el cuchillo y el pene sobre la mesa. ¿Qué tiene que hacer? Las contorsiones del hombre lo ponen nervioso. Cuando, además, este empieza a resollar y, gimiendo, a tratar de liberarse, con soplidos, de la cinta adhesiva que le cubre la boca, Marino entra en estado de ligero pánico.

Quizá quiera el hombre decir algo. Marino siente curiosidad por qué querría decir, pero teme que el hombre, finalmente, termine pegando un grito.

«Si te duele, lo dejamos», articula rotundamente en voz alta pero temblorosa. A fin de cuentas, así habían quedado. Marino arranca la cinta adhesiva de los labios del hombre, que jadea intensamente. Su rostro ha enrojecido y, entretanto, nada en sudor. En la frente se abulta una horquilla de venas que Marino nunca antes le había notado. Despide un olor salvaje, ácido.

«Suéltame, Marino... Marino..., suéltame», murmura. Por un momento, Marino está a punto de volver a pegarle la cinta adhesiva en los labios, pero, al punto, decide hacer lo que el hombre pide. Quién sabe si todo no habrá terminado mucho más rápido de lo que habían esperado.

Marino desata los nudos que rodean las muñecas.

«Una silla... Trae una silla...» musita el hombre, recostado contra la pared. Alrededor de sus pies se ha formado ya un copioso charco de sangre.

Fue tu idea, piensa Marino, mientras va a buscar una silla. Le tiemblan las manos. En el preciso instante en que, sujetando la silla, quiere volverse, oye el ruido del golpe que el hombre da al caer, de costado, al suelo. El jirón de tela que le cubría los ojos rodea ahora su cuello. Aprieta con fuerza los párpados. Con el calzoncillo aún alrededor de los tobillos, comienza a reptar en su propia sangre. Gime y solloza. Con las manos cruzadas se cubre la entrepierna. No cabe duda: esto es todavía una expresión de sufrimiento. Por más fuerza mental que el hombre poseyera y más fuerza adicional que esperara obtener de las drogas, este cuerpo no manifiesta otra cosa que el colosal poder del dolor, el fatal abrazo de sus ardientes meridianos.

Marino deja la silla en el suelo. Va nuevamente hacia la mesa para agarrar el cuchillo; luego, se arrodilla junto al hombre e intenta pensar – por sobre la repugnancia y el espanto – cómo debe continuar. No está preparado para la vista de tanto horror acompañado de convulsiones. Había supuesto que la agonía del hombre transcurriría de manera más digna.

De pronto, cesa el titubeo, aprovecha un casual movimiento del hombre para echarle la cabeza hacia atrás y degollarlo con elegante cuchillada. La hoja es filosa; la carne, tierna. La fuerza con que acomete Marino recibe la inmediata respuesta del vigoroso chorro que escupe la vena yugular. El hombre ya no se mueve. Una oleada de sangre se ha enseñoreado de la mitad de la superficie del piso de la sala de estar.

Horas más tarde, Marino sigue aún en la silla que había ido a buscar para el hombre. Asiste a un velatorio del que, sobre todo, seguiría admirándose una y otra vez por el enorme impacto que producía la vista de la ingente cantidad de sangre. La misma medida de agua no habría, ni por asomo, dado una impresión de semejante catástrofe. Un último autorretrato en el que el hombre ha imaginado y vivido su derrumbe definitivo, en todas las tonalidades posibles del rojo y del pardo. Qué minúsculo – en comparación con aquel cuadro – se ve el trocito de pene sobre la mesa. El delgado rastro de sangre que de él ha fluido da, en la onírica percepción de Marino, la impresión de que se desplaza por fuerza propia, alejándose del caos del que proviene.

El insano rumor de que Marino habría cocinado y comido ese pene debe ser aquí categóricamente refutado. Si alguna mente, acaso, hubiera podido acoger tal fantasía, no habría sido, de modo alguno, la de Marino, quien, más tarde, depositó la cosa junto con lo demás en la tumba, tal como, por cierto, fuera ratificado por los expertos forenses.

En el jardín de la casa de Marino, hace unos días, él y el hombre cavaron una zanja estrecha y no muy profunda. Marino recuerda que el hombre, a pesar de su resolute alborozo, había sufrido un repentino desmayo anímico, no causado, seguramente, nada más que por la nervuda maraña de raíces que tanto dificultaba la tarea. En un determinado momento, el hombre dejó el trabajo en manos de Marino. La vista de su propia tumba le había suscitado un pánico nauseabundo del que solo había podido desprenderse después de una larga sesión de ducha, pródiga en hidromasajes y caricias a sí mismo.

Marino sabe ahora, en cualquier caso, adónde debe ir con el cuerpo. Ya va siendo hora, por cierto, de ponerse en movimiento, si es que quiere, hacia el amanecer, haber borrado toda huella de lo ocurrido.

Antes de poder enterrar el cuerpo – según lo acordado – hay algo más que requiere cumplimiento. Había sido idea de Marino, pero ahora que está a punto de clavar el cuchillo en los glúteos del cadáver no ve la necesidad de hacer tal cosa. Este, lamentablemente, no es el momento justo, este es simplemente el momento acordado. Pero quizá más tarde vuelva a descubrir el porqué de que alguna vez hubiera querido hacer esto. Por fortuna, la tarea no le resulta demasiado difícil de ejecutar. Entretanto, ha adquirido algo de experiencia con el peso y el filo del cuchillo y la mórbida textura de la carne. No tiene que prestar demasiada atención a lo que hace. La operación no provoca ningún tipo especial de resistencia que deba ser vencida.

Ya está. Está bien que Marino, finalmente, haya escrito esto. Hacerlo no fue lo que se dice un plato de gusto. Aquí y allá se suprimió algún detalle demasiado truculento como para ser descrito con palabras. Era preciso guardar alguna distancia. Pero, a pesar de este inevitable grado de abstracción y de síntesis, es esta la más correcta relación de lo sucedido aquella noche. En una serie de puntos esta versión difiere de la que fuera elaborada en vistas al proceso judicial. Sin embargo, nadie más que Marino y yo tiene conocimiento de ello.

Pasaron meses para acabar de convencer a Marino de que escribiera este relato. Meses y meses permaneció aferrado a otra versión; se había esforzado francamente al máximo para convencerse de la verosimilitud del relato que debía atenuar la severidad de sus jueces. Todo ese tiempo tuve que limitarme a machacar – enfadado pero impotente – con mudas protestas, en la vacuidad de la muerte. Ahora, sin embargo, estas palabras son para mí como aire fresco. Me dan la sensación de que vuelvo a respirar.

Reconozco, de inmediato, que dicha sensación no es nada más que eso. Sería exagerado decir que he vuelto a la vida. Al fin de cuentas, ya no tengo cuerpo propio. Pero sí tengo voz otra vez. Muerto del todo no diría que estoy. Tengo unas ganas inmensas de hablar. Y en el cuerpo de Marino he encontrado de nuevo un oyente. Algo más que un oyente. Un cómplice, tal como lo era entonces, cuando yo habitaba mi propio cuerpo.

Encima del lavabo de la celda de Marino cuelga un espejo que se puede arrancar de la pared si uno se encuentra en el estado propicio para hacerlo; que se puede estrellar contra el suelo si tiene una necesidad de hacerlo, pero que no se puede quebrar. Ocurre que es de plástico. No podría uno lastimarse a sí mismo ni herir a otro con las esquirlas que se produjeran si fuera de cristal. La organización de las penitenciarías se adelanta a los acontecimientos. Marino, por otra parte, no está de humor destructivo, para nada lo está, apenas si se encuentra algo preocupado.

Hasta hace poco, casi todo el mundo coincidía en que Marino Mund, 38 años de edad, parecía más joven de lo que era. Pero su situación actual comienza a dejar sus huellas. Bajo un determinado ángulo de luz, la piel de su rostro muestra un aspecto granuloso que antes no tenía. Ahora se notan las costuras en lo que antes era una tersa homogeneidad. Esa pálida, arrugada apariencia se debe, en gran medida, al régimen al que se lo somete actualmente, a la falta de ejercicio físico, aire puro y luz natural; a los escasos alimentos de la poco equilibrada dieta que aquí le ofrecen. Por fortuna, aún destella ese brillo húmedo en sus ojos azul grisáceo, fresco y vívido como un cielo de marzo. Su mirada centellea aún como la de un niño, como la de alguien que vive por vez primera, y no, como muchos de los de su edad, por la diezmilésima.

La boca se vuelca hacia adelante en un par de anchos y carnosos, pero, sorprendentemente, suaves y brillosos labios; labios de niño, de tamaño adulto. Contrastan con el velo umbrío y espinoso que los circunda y que se extiende por sus mejillas, a pesar de que se afeita a diario. La frente y las sienes dejan ver entradas. La barba le crece con tal potencia que pareciera oírse el crujido de la imparable queratina.

Sobre su postura debo hablar, en justicia, en términos menos positivos. Aún es delgado como un hombre joven y, por naturaleza, ancho de hombros, eso sí. Posee un par de impresionantes y largos brazos que se balancean cuando camina. Un metro y noventa y cinco centímetros es su estatura, pero solo cuando se planta derecho, lo que apenas hace. Es que, a esas alturas, no se encuentra a menudo con nadie, a resultas de lo cual se le ha producido una curvatura en la espina dorsal. No, una joroba no, en absoluto, no es más que una leve curva, pero que sugiere una intransigente complacencia, una casi servil atención por el murmullo y los deseos que llegan desde abajo. Esta postura denota fragilidad, ancianidad, y es, además, engañosa, pues si alguien pudiera recriminarle algo a Marino, ello sería, precisamente, su profunda falta de interés y de voluntad, o su incapacidad para comprender a la gente de la manera que ella misma hubiera querido ser comprendida.

No quiero decir que existan buenos motivos para comprender a la gente de la manera que ella misma quiere que se la comprenda. Esto, al fin y al cabo, convertiría a Marino nada más que en cómplice del autoengaño que se infringe esa misma gente que puede conseguir cómplices por doquier para dicho autoengaño; Marino no le hace falta. Además, él ya es mi cómplice y no quiero que nadie me lo quite.

Meses y meses hube de echarlo de menos, mi Marino. Meses en los que dio todo de sí para causar la impresión más favorable posible en un público desconfiado, con lo cual, a decir verdad, se hacía violencia a sí mismo. El hecho de que, de pronto, el público volcara toda la atención sobre una naturaleza poco comunicativa como la de Marino, sobre un callado habitante de fondos crepusculares; de que se lo conminara a pasar a primer plano y a justificarse, tuvo, necesariamente,

que llevarlo a que se expresara con copiosa y exaltada cháchara. ¿Qué otra cosa hubiera podido ocurrir? Él no estaba acostumbrado a decir yo. Pero, ahora que él y yo estamos a solas y que el fervor del público ha remitido, reconsideremos las cosas. No tengo la intención de rebatir cada una de las mentiras. Pero sería agradable infundir nueva vida siquiera a una parte del íntimo compromiso que nos unía, aunque, en esta ocasión, esa vida se componga nada más que de palabras.

Lo cual, por otro lado, no significa que presione ahora a Marino a decir yo. Déjenme hacer eso a mí. Decir yo es cosa que se me da de natural. Marino lo hace solo bajo presión. En los momentos en que él deba representar su papel en nuestra historia puede hacerlo en tercera persona del singular; entonces, yo diré él, y él escribirá él. Yo, dicto; él, escribe.

A Marino parece gustarle esta división de tareas; en cualquier caso, le provoca una sonrisa. Esto me conduce a la mención de una notable característica que he omitido en la anterior descripción de su rostro. Cuando Marino sonríe, sale a escena una impresionante dentadura, un robusto, inmaculado ejemplo de geometría dental. Solo la tectónica de las encías ha sido causante, con el correr de los años, de cierta formación de hendeduras entre las piezas dentales, lo cual, sobre todo, salta a la vista entre los dos monumentales incisivos de la mandíbula superior.

A pesar de su penosa situación, Marino puede aún sonreír de esa manera. No lo hace delante del espejo, no donde yo podría verlo. Sin embargo, aún puedo recordar esa sonrisa. Y, a veces, puedo sentirla desde dentro de mí. No está hecho de otra cosa más que de amabilidad, ese ancho, blanco muro de su sonrisa.

De la madre de Marino se ha hablado mucho. Durante el proceso judicial se deliberó in extenso sobre el papel dominante que esta había ejercido en la vida de su hijo. En dicho proceso tuvo que buscarse una parte de la explicación para la extraña senda por la que Marino, después de la muerte de su madre, hace dos años, se extravió. Él mismo emitió repetidas declaraciones a ese respecto, incitado a ello por su abogada. El alegato debía apuntar a su carácter ajeno a la realidad, al calambre infantilizador que le había impedido crecer hasta convertirse en lo que podría considerarse un hombre normal. Esto, obviamente, no le concedía aún la libertad, pero su abogada intentó convencer al jurado de que la pena que se le prescribiera no tendría que quitarle la oportunidad de que alcanzara aún cierto grado de adultez; que él, a pesar de su edad, nunca había tenido una franca oportunidad para hacerlo.

Si hubiera estado en el lugar de la abogada, hubiera intentado yo quizá lo mismo; era una movida más que obvia. Comprendo también que Marino, con la perspectiva de muchos años de encierro, pintara una imagen de su madre como la de una mujer que, empujada por una despiadada naturaleza controladora, hubiera echado tijeras a su potencial de crecimiento, justamente en todas las facetas en las que un ciudadano saludable se considera a sí mismo un sujeto exitoso: social y sexualmente; en su profesión y sus relaciones. Su pérfida madre lo había maniatado y le había cortado las alas hasta convertirlo en una suerte de hombrecillo bonsái plantado en la tierra de cultivo de sus egocéntricos planes. Nunca había tenido Marino oportunidad de echar raíces en el suelo de una existencia independiente. El monstruo resultó ser hijo de otro monstruo. Diversos elementos fácticos debían sostener tal hipótesis. Por ejemplo, el hecho de que, al morir su madre, Marino compartiera todavía con ella la casa familiar y trabajara como vendedor en una tienda inscrita a nombre de aquella; o de que, a su muerte, su hijo fuera virgen aún y no tuviera cuenta bancaria propia.

¿Qué sería de aquel hombrecillo bonsái una vez librado a su propia suerte? La súbita muerte de su madre, su repentina libertad, no trajeron consigo su liberación. Ahora que la poda había concluido, brotaban las más tortuosas ramas de su alma bonsái, con el consiguiente e ineludible efecto de un irrefrenable crecimiento selvático. Marino se quedó solo, envuelto en el desamparo y la salvaje tristeza de un adolescente, pero sin la capacidad de adaptación y las oportunidades de futuro de este: ya había cumplido 35 años.

Hasta aquí el sobradamente unilateral discurso que su abogada descerrajó sobre el jurado. La simple – simplista, si acaso – lógica, cuya validez fue sustentada por un informe psiquiátrico, arrojó – en cierta medida – sus frutos. Si esta no era la verdad completa, sí sonaba, al menos, como un relato sugestivo.

Sería poco acertado, soy muy consciente de ello, que hablara en términos despreciativos de la defensa de la abogada de Marino, quien, sin lugar a dudas, debe agradecerle a su poder de convicción el hecho de que le haya sido impuesta una condena relativamente liviana. Además, la jurista ha procurado que a Marino se le aplique un régimen carcelario llevadero: tiene una celda individual; lo sacan solo a tomar aire; no tiene que sentarse a la mesa junto a sus compañeros ni ducharse con ellos. Marino no es un criminal como los otros, no es un asesino ordinario; en realidad, decididamente, no es un asesino. Sí, en efecto, lo han condenado por asesinato, pero injustamente. De la declaración que, por adelantado, redacté y rubiqué en mi pleno juicio, se infiere claramente que yo me había entregado completa y voluntariamente a la operación con

mortal desenlace por la que Marino debería justificarse más adelante. También estoy de acuerdo con la decisión de apelar el veredicto del jurado, aun teniendo en cuenta la benevolencia con que se actuó en la determinación de la condena.

No, sin dudas, esa abogada de Marino es una mujer que le sirve de mucho, con absoluta certeza lo digo. Eficaz, competente, sensata y – en el momento de la verdad – confiable. Entiendo perfectamente que Marino acoja sus visitas como un refrescante intervalo de un aislamiento bastante monótono. Lejos está el apoyo que puedan darle sus carceleros, quienes, con evidente desgana, deben darle el trato de un preso con privilegios. Le llevan su comida, lo acompañan al patio, pero Marino percibe incesantemente su disgusto, su callada protesta contra las prerrogativas que le han otorgado. Puede que el hombrecillo bonsái esté más enfermo que los demás presos, pero eso no lo hace ni un pelo mejor ni más interesante que los otros, así piensan sus guardianes. Y esto último lo hace notar con gusto un cancerbero de estos, mientras, zarandeando sus desmesurados bíceps, escolta lenta y burlescamente a Marino, arrastrando los pies, camino al patio. Si fuera por los guardianes, Marino podría pudrirse bien podrido, encerrado a cal y canto en su celda. Se lo ve muy inocente para ser un caníbal, muy buen chico, muy sano, muy sosegado. Sus carceleros no se fían de la chispa en la mirada de este perverso. Su deslumbrante dentadura se les antoja demasiado perfecta y nívea. Ten cuidado, amigo, tus guardianes disfrutarían mucho al verte cometer un traspíe, y pondrían pocos reparos si alguien decidiera partírte ese impoluto morrito tuyo para que así adquirieses un poco de auténtica experiencia penitenciaria.

La abogada de Marino parece, al menos – y hasta cierto límite –, darse cuenta de la delicada materia que tiene a su cargo. Ella misma tiene aspecto de delicada materia. Provoca, a todas luces, una impresión de persona altamente sofisticada, enfundada en sus angulosos trajes sastre que dejan al descubierto un majestuoso par de piernas. Treinta años. Alta, rubia, cabello ondulado, una exuberancia de oro y elasticidad que podría ser fruto de la fantasía de una agencia de publicidad; pero de fantasía, nada: esta es una asombrosa realidad, tanto como la immaculada proporcionalidad de su rostro, los pómulos escandinavos, el azul diáfano de sus ojos ceñidos por negras pestañas, largas y puntiagudas como patas de araña. Quien queda encuadrado en su campo visual se afana involuntariamente por dar una imagen chispeante. Ella siempre ha sabido sacar buen partido a sus dotes. Su rápido poder de comprensión y su independencia de espíritu, la exquisitez de su labia y de su figura le han procurado el apoyo y las conexiones necesarias para neutralizar la resistencia que, en igual medida, provocan dichas cualidades. Se la tiene por una de las promesas del juzgado: un cometa de ojos azules, de esplendorosa y fulgurante pujanza.

A veces me recuerda a cierta escritora de superventas de la década pasada. Sí, me parece estar viendo su fotogénica cabecita destacarse en los afiches pegados en los cristales de los escaparates de las tiendas de la omnipresente cadena de librerías. En la contraportada de sus libros aparece la misma imagen, que deja traslucir a una mujer para quien el amor no tiene secretos y que, sin lugar a dudas, puede hacer brotar otro tipo de fluidos distintos al de la tinta, lo que no significa que, como una fulana cualquiera, mire con lascivia desde el otro lado de la ventana. No sonrío, por ejemplo. Observa, incluso, con gravedad. Su mirada poética-contemplativa debe conseguir que el público le adjudique la posesión de una capacidad espiritual por encima de la media. ¡Esta mollera sí que es lúcida! La vida, el amor, el ser mujer y los hombres implicados en ello le han proporcionado ingredientes para reflexionar sobre ellos, y el fotógrafo la ha pillado en el momento en que todavía estaba plenamente ocupada en digerir esos ingredientes. Los donjuanes deben de aspirar en vano al logro de una relación íntima con esta compleja beldad, o quizá puede que solo este tipo de varones sean justamente quienes tengan probabilidades de conquistarla. Tan solo el hombre que pueda convencerla de que lo impulsa nada más que el deseo, el instinto y las hormonas, podrá desactivar el radar de su intelecto. Esto también puede ser; quién sabe. En

realidad, habría que leer su libro para conocer sus motivaciones íntimas. Y aun así. En cualquier caso, esta dama da el tipo de alguien que tiene, más que otros, el derecho a escribir y publicar libros.

Debo admitir que, en el pasado, me han dicho que cuando intento bocetar el interior o el exterior de una mujer caigo fácilmente en la exageración o la cursilería. Que nunca logro expresar las cosas como son en realidad, que siempre aumento o disminuyo, que siempre presento una imagen distorsionada de las damas, que, lisa y llanamente, no puedo o no quiero entenderlas. Puede que lo que he estado diciendo antes haya sonado rebuscado o exagerado. Al fin de cuentas, no hay muchos motivos para comparar a Eveline Tits con una escritora de superventas. La abogada engulle carradas de manuales especializados y contenidos de expedientes; por lo demás, su agenda no le deja tiempo para dedicarse al consumo de literatura comercial, menos aún para escribir.

Precisamente, a causa de esa apretada agenda, me sorprende la frecuencia de sus visitas. Aparece casi todas las semanas, incluso cuando no se han producido importantes mutaciones jurídicas en la causa de Marino. Ella es casi el único visitante que se le anuncia, y su venida siempre es para él todo un acontecimiento. Sentados, mesita de por medio, el uno frente a la otra, en una salita aparte, sobreiluminados por tubos fluorescentes blindados que penden del techo: así los deja solos el guardia. Eveline parece sentirse completamente a salvo cuando se encuentra a solas con el caníbal en este estrecho recinto. Ni un ápice de incomodidad o de agudizada vigilancia se advierte de su actitud. Ella sabe, pues, que él no hincará sus dientes en carne de mujer, y está convencida de que en la vida de Marino Mund nunca más tendrá lugar una noche de horror como aquella sobre la cual ella conoce – o cree conocer – todos los espeluznantes detalles.

« ¿Tú no serás *Hannibal The Canibal*, eh?», bromea, y Marino ríe y deja al descubierto la raja entre los incisivos superiores. A Marino le agrada contemplar este rostro que irradia expectativas relacionadas con su persona y que – aunque no las comprenda – parecen haber sido inspiradas nada más que por simpatía hacia él. Esta mujer tiene las mejores intenciones – sean las que fuesen – para con él; el futuro de su cliente es su preocupación. ¿Por qué, a decir verdad? En cuanto a esto, Marino no se complica las cosas. No es de suyo adentrarse profundamente en los motivos de la actitud de su defensora. Se deleita al recibir su atención sin preguntarse el porqué, tal como si estuvieran calentándolo unos piadosos rayitos de sol.

Marino nunca ha tenido novias, y la única mujer que ha conocido de cerca en su vida fue su madre, cuyo rostro no era muy joven ni, por mucho, cariñoso. El futuro que su progenitora alguna vez había vislumbrado para su hijo no era el que ella le deseaba fervientemente o el que hubiera querido contemplar con interés. Era un futuro que le había prescrito – llevada tanto por el espíritu comercial como por la irritación – como una receta contra lo que ella consideraba la enfermiza inercia de su vástago.

Digamos que, vistas las cosas superficialmente, la madre de Marino podría dar la impresión de haber sido una mujer muy autoritaria. Y la defensa, como se ha dicho antes, explotó al máximo esa impresión superficial durante el juicio. En realidad, en gran parte, era el deseo compulsivo de pertenencia de Marino lo que determinaba el carácter de la relación con su madre, no los deseos de esta. Los planes de la madre con respecto al hijo no eran, por cierto, intentos de atarlo a sus faldas. Impulsada por la irritación que le causaba, procuraba destetar al crío. Si Marino vivió con su madre hasta que esta murió, no lo hizo como su explotada criatura, sino como el fruto que no quiere soltarse de la rama del árbol que lo sostiene.

Hay cosas que Eveline Tits sabe, y hay muchas otras que no sabe. Sin embargo, a pesar de todo lo que Marino calla, ha ido creciendo entre ambos, en base a lo que me ha contado, una suerte de confidencialidad que él nunca antes – quitándome a mí – ha experimentado con nadie.

En el despojado despacho donde se producen sus encuentros prevalece, a menudo, una casi seductora atmósfera de espíritu de solidaridad, como si la prisión de él fuese también en parte la de ella; como si el libre albedrío de ella fuera a compartirlo con él muy pronto. Esto es un alivio para Marino, quien desde su detención se ha sentido, más que nada, como un animal enjaulado.

En compañía de su abogada, Marino se convierte en un hombre que labra planes para el futuro y que espera con ilusión vivir la vida que le aguarda más allá de los muros de la prisión. Hasta no descarta del todo, incluso, la posibilidad de que – como un hombre normal – logre algún día entablar una relación sentimental con alguien.

Me resulta un enigma qué lleva a una avispada doncella como Eveline Tits a presentar espejismos como perspectivas reales o – al menos – a fingir que lo hace.

Hasta llegaría casi a lamentar el hecho de que Eveline no sea una escritora de superventas; si lo fuera, quizá escribiría un libro en el que el lector interesado pudiera enterarse de qué es lo que realmente la conduce, todas las semanas, a escuchar como embobada las sosas historias de Marino, a observarle la boca y a regodearse en el ambiguo atractivo de su cliente. *Atrapada por un comedor de hombres; Hipnotizada por un caníbal; El monstruo virgen*, para mencionar algunos de los posibles títulos de las novelas que, sin lugar a dudas, se venderían hasta agotar por completo los depósitos de las librerías, si esa hubiera sido su intención.

Mi hipótesis más benigna es que esta treintañera, todavía sin hijos, se deja enternecer por el niño reflejado en la mirada gris azulada de Marino, por la precoz, tierna criatura que ella imagina advertir bajo la sombra de su barba. El niño y el hombre, el niño *en* el hombre constituye para ciertas mujeres, según dicen, una combinación excitante. ¿No podría el hombre que ha conservado y mimado al niño en sí mismo ser más adelante el solícito padre del hijo que ella le parirá?

No quiero, obviamente, acusarme de soberbio, como tampoco de raro, pesado o exagerado. Espero, sinceramente, que mis palabras no hayan menoscabado la complejidad de su vida afectiva, pero tampoco voy a fatigarme en especulaciones sobre las motivaciones íntimas de Eveline Tits.